

# Padre, ¿por qué me abandonaste!

Jacinto Pérez Merino "Pinilla"

La guerra ha sido una maldición para la humanidad, en nombre de ella se bendice a los participantes. Los de un bando matan al otro en nombre de un dios que no conocen, creyendo que así están cumpliendo con un deber de patria; es decir, matar a sus semejantes. ¡Qué paradójico! ¿verdad?

Siento una gran predilección por la revista y cuando al fin ésta me llega a las manos, tras una larga espera de meses, siento un gran placer, ya que, en sus páginas puedo leer sobre el acontecer de la vida en Rentería; con las inquietudes que la problemática del diario vivir trae consigo, pero que no obstante, con la voluntad de la Corporación y sus vecinos trata de superar para no quedar la Villa desenganchada del progreso.

Excelentes plumas embellecen sus páginas con temas del pasado histórico de nuestro pueblo que enaltecen a figuras en todas las artes del saber, por las que Rentería se tiene que sentir orgullosa, pese a los desafueros de una minoría que se empecina en disociarse del progreso, continental o universal.

Quienes de mi generación sobreviven, no deben desconocer de mi pasado ni de lo que fueron mis hermanos, apegados todos nosotros a las ideas pacifistas de J. Proudhon, contrarias a la de muchos de sus radicales compañeros como Bakunin y seguidores de la misma filosofía y que, contrarios nosotros a la violencia, nos vimos involucrados, muy a pesar nuestro, en la contienda que fue prelude de la II Guerra Mundial.

Lo antedicho viene como prólogo a las leídas colaboraciones publicadas en la revista del año pasado de la pluma del sr. Mikel

Zabaleta, *¿Olvidar o recordar?... Pero nunca ocultar*, y la otra de la pluma de José Angel Prieto Giménez con el título de *"Otra vez, nunca más"*. Como se ve, ambos en un sentido u otro, tocando sobre los hechos indignos en que el humano es capaz de transformarse en bestia, guiado por fanatismos de todo orden que más bien sirven para encubrir apetencias individuales, en menoscabo de las clases más desheredadas.

Simpatizo abiertamente con el sr. Zabaleta en cuanto se refiere al holocausto judío, y por qué no decirlo, a la muerte de muchos exiliados españoles en desgracia, compañeros de infortunio en los campos de exterminio nazi, siendo muy acertada su tesis cuando dice que muchos, por ocultar sus vergüenzas particulares, pueden poner el grito en el cielo si se les señala con el dedo acusador en referencia a sus sangrientos desmanes en nuestra guerra civil.

Quienes niegan el holocausto son unos farsantes. Pruebas fehacientes demostraron en su momento la veracidad de los hechos que conmovieron al mundo, salvo a los que interesadamente lo niegan como una "mise en scene" de parte de los Aliados. La verdad debe florecer, aunque no sea más que por respeto a la memoria de enormes filas de seres humanos que, sin clemencia alguna, eran lanzados a las cámaras de gas o a los crematorios del infierno nazi.

Quizás tenga que creer en mi buena estrella. Como en aquella ocasión en que siendo batido el campanario de nuestra parroquia por las avanzadillas carlistas desde las alturas del bosque de Markiola, caía herido inutilizándome para el combate, porque sino bien pudiera en estos momentos no vivir para comentarlo.

Como venía diciendo, mi buena fortuna me libró de ser uno de los tantos que, en una madrugada de la recién estrenada primavera de 1942, en un convoy de judíos listos para su deportación salía de Bayona. Entre ellos había ex-compañeros míos de trabajo en los Talleres de Aviación "Breguet" de Anglet, que fueron sacados de sus domicilios por su colaboración con el S.R.I. que actuaba en ayuda de los familiares de presos políticos en prisiones del régimen de Vichy. Todo como



consecuencia de una lista requisada a un miembro del Partido Comunista. De esa forma empezó el vía crucis de mis infortunados compañeros de trabajo que fueron internados en el campo de exterminio alemán de Mauthausen.

Tras días de angustia, y ante la necesidad de mano de obra especializada, fueron transferidos al campo de Buchenwald, no sin antes haber constatado en el primer campo los horrores que se estaban cometiendo.

Un ex-compañero de trabajo, Dionisio del Pozo, oriundo de Madrid, y con el que hice una estrecha amistad, me contaba a su regreso a Bayona, tras su liberación y la de sus infortunados compañeros, que fue una gran suerte para mí verme libre de las pesadillas por las que ellos pasaron. Siempre, y mientras estaban en Buchenwald, vivían pendientes de cuál sería el final de su absurda situación. Poco tiempo después, este amigo moría víctima de las secuelas de aquellos nefastos días, siendo enterrado en Anglet, con honores y salvos militares.

Como yo hay muchos que pueden testimoniar sobre los hechos que desvirtúan lo que se quiere ocultar, en cuanto a la colaboración con el régimen nazi en la Francia ocupada. Infinidad de judíos franceses deportados nos dieron testimonio a su regreso del infierno del que lograron salir.

Por mi parte, y pese a los años transcurridos, me desvelo involuntariamente rememorando aquellas fechas en que sin duda y en lo que se refiere a los judíos, muchos de ellos, al igual que Jesucristo en la cruz, alzarían sus plegarias al cielo diciendo: "Padre, ¡por qué me abandonaste!". No es costumbre mía blasfemar, pero uno se horroriza al ver ¡tanta injusticia!

El nacionalsocialismo alemán –nada de socialista y represivamente nacionalista– creó el mito de la raza aria, trató de enmascarar la lucha de clases con la persecución racial y el antisemitismo, fomentó la exaltación delirante del sentimiento nacional con las cláusulas del Tratado de Versalles, arrastrando a su favor a otras oscuras mentes que se creían así mismo salvadoras de sus propias patrias, apostando por el triunfo del nacionalsocialismo y el fascismo como puntales de su supervivencia.

Acertadas y muy valientes las opiniones de los señores Zabaleta y José Angel Prieto Giménez. Este último, aparte de hacer señalamientos como los ya mencionados por Zabaleta, denuncia el auge de la xenofobia y del racismo por gentes retrógradas. Se olvidan ya que, gracias al flujo emigratorio hacia la Europa devastada por la II Guerra Mundial, miles de españoles pudieron comer, lo que supuso además un gran alivio para la España franquista, que se beneficiaba de las grandes remesas de dinero de esos inmigrantes, sobre todo en la construcción de viviendas, revertiéndose en el apuntalamiento del régimen.

No busco exacerbar pasiones de ningún orden que, una y otra vez, nos conducen a la violencia, generando ésta más violencia y más odio, ofuscando la buena armonía que debe subsistir entre los pueblos para realizarnos como seres civilizados. Nunca es tarde para la reflexión que nos lleve a soluciones pacifistas y no por las sendas de la intolerancia o la intimidación. Para unir todos los esfuerzos posibles en busca de esa, cada vez más, distante, justicia social que tanto proclamamos. No ayuda a ello que cada cual y también nuestros gobernantes, se ofusquen y polemiquen queriendo imponer sobre las mayorías sus particulares opiniones



partidistas, obstaculizándose así el camino con el intencionado propósito de llegar a la alta jefatura del poder.

Cada día hay más conflictos armados. Las actuales guerras son por parcelas, y no por eso menos sangrientas. Uno ya no puede prender el televisor sin ver el constante e irreflexivo *mare magnum* en que vivimos, con la pérdida de valores éticos que deben regirnos para superar este largo oscuro túnel y con esto entrar en la construcción de un nuevo orden, como lo expresa el amigo Prieto<sup>1</sup>.

Lo valioso no es haber ganado la guerra –eso lo hace cualquier bárbaro–, sino construir la paz, que es el fundamento de la civilización.

1.- Hace referencia a los sueños de nuestra juventud en cuanto a la utopía que nos llevase hacia un mundo mejor, más justo, donde los hombres y mujeres pudiesen vivir en paz y en armonía, sin distinciones de raza ni sexo, religión o cualquier otra "excusa" que sirva para que algunos se sientan superiores y con derecho a aplastar todo aquello que sea diferente o simplemente de otro color.